

El liderazgo político en las sociedades en cambio

Blondel, Jean; Cansino, César

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Blondel, J., & Cansino, C. (1996). El liderazgo político en las sociedades en cambio. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 41(165), 29-52. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1996.165.49513>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

El liderazgo político en las sociedades en cambio

JEAN BLONDEL
CÉSAR CANSINO

Resumen

El objetivo del presente artículo es analizar el papel que han jugado los líderes políticos en los procesos de democratización que han tenido lugar en varias zonas geográficas desde la segunda mitad de los años ochenta. Para ello, los autores proponen un modelo teórico en el que se definen respectivamente el papel jugado por el medio ambiente y por los individuos en el contexto de sociedades cambiantes. La propuesta de análisis se concentra en cuatro hipótesis explicativas sobre la centralidad del liderazgo, las cuales dan cuenta de los factores que determinan el ascenso y la caída de los líderes en procesos de cambio político.

Abstract

This article aims at analyzing the role that political leaders have played in the process of democratization in diverse geographical areas dating back to the second half of the 80's. Thus, the authors suggest a theoretical model which defines the role played by the environment and by the individual respectively in the context of societies undergoing change. The analytical proposal focuses on four hypotheses on the centrality of leadership which explain the variables that determine the rise and fall of leaders during the process of political change.

Introducción

Los años ochenta y los primeros años noventa quedaron en la historia mundial como una época de grandes cambios políticos, sociales y económicos. El movimiento inició lenta y casi imperceptiblemente a mediados de los ochenta, cuando los regímenes militares comenzaron a debilitarse, empezando por un puñado de naciones de Sudamérica. Posteriormente, el proceso de liberalización se amplió y, habiendo iniciado en Argentina, se extendió hacia Uruguay, Brasil, Perú, Ecuador e incluso Paraguay; y únicamente Chile permaneció por un tiempo con un militar en la presidencia, mientras que cambios semejantes ocurrían también en Centroamérica e incluso en

México. Al final, sólo Cuba permanece inamovible, manteniendo ostensiblemente sus características autoritarias de los años setenta.

Así, los cambios políticos en América Latina ya habían tenido lugar en los noventa en una escala desconocida en otros periodos precedentes de liberalización, cuando otro movimiento, al inicio igualmente lento y después sumamente rápido, tuvo lugar en Europa Central y del Este. La desaparición total de los regímenes comunistas a fines de 1991 y el colapso relativamente rápido de una de las dos superpotencias sin que mediara para ello una guerra constituye, por su magnitud, un evento sin precedentes. Naturalmente, el acontecimiento tomó desprevenidos a los observadores y abrió una importante fuente de investigación y controversia académica de la misma importancia que las revoluciones Francesa y Rusa.

Un mundo ha finalizado, pese a que el comunismo (sobre)vive en China y en un pequeño número de países del Este Asiático. Los sistemas políticos basados en el poder hermético de un partido ubicuo han perdido todo prestigio, temporalmente quizá, pero de manera inequívoca, con el consiguiente descrédito en todas partes de los sistemas de partido único, incluyendo regiones largamente dominadas por estas formas políticas, como la África del Subsahara. Ciertamente, las demandas por liberalización en esta última región no se han traducido en prácticas democráticas, pero el hecho de que dichos reclamos se hayan difundido tanto es en sí mismo un signo de cambio. Cuando menos, el viejo sistema autoritario, en el cual un líder poderoso sostenido por un partido podía ignorar o eliminar completamente a la oposición, tendrá que ser corregido. Así, el siglo veinte pudo haber sido solamente un paréntesis en la historia de los sistemas políticos: las formas dictatoriales de gobierno que han interrumpido la tendencia liberalizadora de los periodos tempranos y permitieron que la Primera Guerra Mundial derivara en la Segunda Guerra Mundial, han confirmado que parecen estar en la ruta de su total extinción.

No obstante sus muchas diferencias, estos movimientos políticos autoritarios que empezaron tempranamente en el siglo veinte y que ahora están colapsando, tienen otra característica común: estuvieron basados en el respaldo popular de líderes "carismáticos" fuertes. Desde Lenin hasta Hitler y desde Perón hasta Mao, la llegada a escena de dictaduras "modernas" parece que se debió en gran parte

a la habilidad de individuos poderosos para conseguir respaldo, veneración y un seguimiento ciego por parte de un gran número de ciudadanos. Ciertamente, también emergieron las tiranías oligárquicas de viejo cuño: muchos gobernantes militares, en América Latina, África o Asia, llegaron al poder por meras operaciones "técnicas" en las cuales las "masas" no tenían ninguna participación. Sin embargo, incluso estos líderes entendieron pronto que necesitaban apoyo popular. Raros han sido los dictadores que no intentaron construir un seguimiento "carismático", como si la personalización del poder en regímenes tanto de izquierda como de derecha proveyeran una base de legitimidad tan importante y reconocida como la que resultó en Occidente de la democracia representativa.

Este grado de cambio político al margen del gobierno liberal ha estado acompañado, si no alimentado, por un liderazgo fuerte. En consecuencia, resulta importante investigar qué parte han jugado los líderes en los procesos contrarios que han tenido lugar desde la segunda mitad de los años ochenta y que han tenido como resultado un movimiento de liberalización aparentemente irreversible. ¿Ha sido el liderazgo en todas partes un factor crucial en este movimiento? En algunos casos esto parece tan obvio al grado de no requerirse mayor análisis: los nombres de Gorbachov y de Walesa están íntimamente ligados con los procesos de transformación en sus respectivas sociedades; pero no en todos los países parecen existir personalidades tan sobresalientes, ya sea en América Latina o incluso en lo que fue la Europa Central comunista. ¿Esto se debe simplemente a que no hemos dado la justa importancia a quienes, como Alfonsín en Argentina o Neves en Brasil, han tenido éxito en el rompimiento del molde autoritario, o a que, por su específica naturaleza, la liberalización posee un carácter colectivo y puede, por lo tanto, tener lugar sin la presencia de personalidades fuertes con amplio poder?

En el presente ensayo pretendemos acercarnos a esta interrogante. Más específicamente, nos interesa reflexionar sobre el papel del liderazgo en los procesos de transición desde regímenes autoritarios. Ciertamente, el objetivo es más bien explorar que establecer, pues el asunto sobre el rol efectivo del liderazgo implica importantes cuestiones generales que no se responden completamente aquí. En primer lugar, surgen dificultades teóricas sustanciales tan pronto como se intenta determinar el peso relativo de los líderes y del "me-

dio ambiente” en la vida política y social, o cuando se intentan especificar los modos con los cuales los líderes tienen éxito en adquirir influencia. En segundo lugar, existe una gran incertidumbre sobre la mejor manera para estudiar el tema. En consecuencia, proponemos encarar aquí estos puntos, aunque brevemente, con el fin de aproximarnos al tipo de conclusiones que pueden obtenerse a partir de una investigación sistemática sobre el papel del liderazgo en las sociedades en cambio.

Liderazgo y medio ambiente

La cuestión más difícil puesta por el estudio del liderazgo es también la más importante: determinar respectivamente el papel jugado por el medio ambiente y por los individuos en el contexto de sociedades cambiantes. Si bien los líderes con frecuencia parecen ser poderosos, obtienen su fortaleza del medio ambiente. Por lo tanto, puede argumentarse que los líderes sólo pueden actuar en la dirección que la situación lo permite. Así, es posible referirse a las políticas de Gorbachov como inevitables, puesto que la economía y la sociedad soviéticas estaban en bancarrota y tenían que ser abiertas. Algo similar puede decirse de la emergencia de Walessa al frente de *Solidaridad*, como consecuencia directa de la mala administración de la economía por los sucesivos líderes comunistas en Polonia, una mala administración que ya había conducido previamente a serios rezagos sociales. Interpretaciones de este tipo habían sido ya ampliamente adoptadas entre los teóricos políticos y sociales, como los marxistas, quienes creían en las “fuerzas de la historia” emergentes y por lo tanto veían a los individuos a lo sumo como aceleradores o retardadores de procesos fundamentalmente irreversibles.

Los eventos de fines de los ochenta y principios de los noventa nos inducen a repensar la cuestión fundamental de las “tendencias históricas”: que estemos presenciando el “fin de la historia” es altamente discutible, pero también es cierto que ya no contamos con pistas definitivas sobre la dirección en que la “historia” puede estar dirigiéndose. En el proceso, la parte asignada tradicionalmente a los líderes individuales tiene que ser revalorada. Naturalmente, el medio ambiente continúa constituyendo un factor sumamente impor-

tante, por cuanto da forma a las condiciones dentro de las cuales el líder puede actuar. Más aún, los líderes también son influidos por el (y en alguna medida son incluso producto del) medio ambiente, como resultado de su socialización, especialmente durante su infancia y adolescencia. En consecuencia, la cuestión sobre la parte relativa jugada por los líderes y por el medio ambiente permanece más difícil que nunca. Sin embargo, los sucesos de finales de los ochenta y principios de los noventa han vuelto innecesario probablemente respaldar, por una variedad de argumentos, la idea de que “los líderes importan”. Al parecer, no hay un caso que *prima facie* nos permita pensar en una interpretación unidireccional de la historia de la humanidad. Como resultado, también puede sostenerse que, en el contexto de la multiplicidad de fuerzas que concretamente conforman esta historia, el liderazgo juega una parte sustancial.

Asumiendo que el liderazgo sí importa, pero que el medio ambiente también, tanto por propiciar situaciones que los líderes tienen que enfrentar como por contribuir a la formación de su personalidad, necesitamos desarrollar instrumentos que nos permitan describir los modos y la magnitud en los cuales los líderes realmente importan. Pero tales instrumentos son difíciles de descubrir. Sabemos que se debe operar sobre la base del principio general de que los líderes y el medio ambiente deben examinarse conjuntamente, puesto que sus acciones constituyen reacciones a las condiciones ambientales en las cuales dichos líderes se encuentran, y si no responden a las circunstancias y adaptan sus estrategias de conformidad al ambiente, su posición como tales está en riesgo. La mayoría sabemos esto —aunque definitivamente no todos— de manera intuitiva, pero el hecho de que este proceso adaptativo exista constituye una clara influencia del medio ambiente.

Dentro de este contexto, podemos intentar distinguir entre “tipos” de medio ambiente. Podemos, por ejemplo, adoptar los principios de la clasificación sugerida por Weber y asumir que la naturaleza de la influencia de los líderes varía dependiendo de las características generales de las sociedades en que ellos gobiernan o pretenden gobernar. La división tripartita de tipos de autoridad, tradicional, burocrático-legal y carismática, proveen una primera vía para vincular tipos de liderazgo a tipos de medio ambiente, pero se puede ir más lejos y modificar la categorización para referirse a dos dimensiones

continuas en lugar de considerar tres puntos discretos.¹ Esto es así porque los países, más que colocarlos dentro de una categoría u otra, deben considerarse como más o menos tradicionales o más o menos burocrático-legales. Más aún —y ésta es la segunda dimensión— las sociedades están más o menos abiertas o predispuestas al “carisma” de los líderes y, más en general, a la influencia de sus características personales. Con todo, el principio básico de distinción permanece, pues es sumamente evidente que en una sociedad en la cual no prevalecen (o no han prevalecido por largo tiempo) ni el sistema tradicional ni el burocrático-legal, los líderes tenderán a gobernar sobre la base de sus características personales. Esto significa probablemente *a contrariis* que en un país en el cual, pese a la ruptura o a la ausencia de patrones de autoridad tradicionales o burocrático-legales, los dirigentes no están directamente relacionados con la gente, es previsible que los problemas de gobierno serán serios. Entonces, no es claro lo que ocurrirá: ni Weber ni ulteriores estudiosos del liderazgo han ofrecido una respuesta satisfactoria acerca de cómo ese “vacío” de autoridad puede ser y será llenado. Tal vez, estas situaciones se presentan cuando en los países hay rupturas nacionales, por ejemplo debido a que los patrones de autoridad a nivel subnacional (a nivel de grupos étnicos o de “nacionalidades”) adquieren una renovada importancia. Lo que parece claro es que estos problemas se presentarán en sociedades en las cuales no hay líderes con una personalidad fuerte, ya que este tipo de dirigentes son requeridos en el contexto de sociedades donde existen patrones de una estructura autoritaria.

El punto sigue siendo válido incluso si el análisis está basado, más realistamente, sobre dimensiones continuas más que en los tres puntos discretos: en cada sociedad, características estructurales diferentes sugerirán que existe lugar para los tres tipos de patrones de autoridad y, por lo tanto, para elementos de los tres tipos de liderazgo, aunque en diferentes proporciones. Así, un líder cuya base de autoridad sea primordialmente burocrático-legal puede ser efectivo, aunque los dirigentes en esa sociedad también requieren otros tipos de bases de autoridad. Similarmente, los líderes tradicionales pueden

¹ Véase J. Blondel, *Political Leadership. Toward a General Analysis*, Londres, Sage, 1987, pp. 49-62.

ser capaces de mantener su poder por algún tiempo en países en los cuales las formas tradicionales de autoridad están menguando.

Obviamente, el liderazgo personalizado es crucial en sociedades en proceso de transición, puesto que en estas sociedades los patrones de autoridad previos, tradicional, burocrático-legal o mixtos, ya no existen y nuevos patrones de autoridad, probablemente de tipo burocrático-legal, no están consolidados. El liderazgo personalizado ha sido incluso la norma en nuevos Estados o cuando ha ocurrido un importante levantamiento político en un país: ejemplos de tales desarrollos han sido muy frecuentes en el siglo XX, especialmente después de la Primera Guerra Mundial en Europa y América Latina y después de la Segunda Guerra Mundial en países en desarrollo que no necesitan ser detallados. Frecuentemente, los propios líderes han contribuido incluso a destruir regímenes previamente basados en formas de autoridad tradicionales o burocrático-legales o que combinan ambos tipos de autoridad. Estos líderes pueden confiar solamente por un periodo corto en formas personalizadas de gobierno. Este gobierno personal también se combina con una dosis sustancial de coerción, debido frecuentemente a que, cuando el respaldo personal del líder es demasiado débil o no existe, los dirigentes tienden a crear, por medio de adulación forzada, un sentimiento de veneración entre cuando menos algunos segmentos de la población. Este patrón fue adoptado por gobernantes como Lenin, Stalin, Mussolini, Hitler, así como por muchos líderes latinoamericanos, entre los cuales Perón y Vargas son los más conocidos.

Sin embargo, el problema puesto por el papel de liderazgo es diferente y aparentemente más complejo en el contexto de una transición de una dictadura hacia un régimen liberal. En primer lugar, parece requerirse un liderazgo personalizado para alcanzar el cambio. Más aún, parece que entre más difícil es alcanzar el cambio, más se requiere de un liderazgo. Esto es así porque, por ejemplo, el régimen existente ha permanecido por un largo periodo o porque el gobernante anterior es todavía popular entre algunos sectores de la población, entre algunos grupos étnicos, por ejemplo. En segundo lugar, sin embargo, como el movimiento es hacia un gobierno liberal y por lo tanto hacia una forma de autoridad legal, podría esperarse que la población, y en particular aquellos sectores reconocidos en su lucha por un gobierno liberal, no quieran que el nuevo régimen

se base primordialmente o incluso marcadamente en un tipo de autoridad tan vago y arbitrario como el que resulta de un liderazgo personalizado. Todavía más, en tercer lugar, por cierta lógica perversa, esos sectores de la población que quieren un cambio pueden no estar fácilmente de acuerdo sobre el curso práctico a seguir, especialmente después de un periodo de dictadura durante el cual no podían expresar sus opiniones; es posible que no estén preparados para establecer un gobierno fuerte, aunque éste sea requerido por las circunstancias. En consecuencia, un líder con un respaldo popular parece esencial, al menos mientras las nuevas reglas burocrático-legales no hayan sido completamente aceptadas y hasta interiorizadas por la población y mientras no exista un grado alto de autorrestricción y de tolerancia tanto entre el público en general como entre las élites políticas. Así, movimientos que se alejan del régimen autoritario pudieron haberse basado en una mezcla compleja de patrones de autoridad y por lo tanto de formas de liderazgo. Huelga decir que la mezcla será diferente de un país a otro y que dependerá de específicas condiciones sociales e históricas. El medio ambiente y el liderazgo están verdaderamente interrelacionados; la transición desde regímenes autoritarios será exitosa sólo si, en cada caso, las calificaciones y la legitimidad de base del líder o de los líderes corresponde plenamente a cada situación.

Características especiales requeridas por los líderes durante la transición desde regímenes autoritarios

Si aceptamos que los líderes pueden ser importantes, debemos aceptar igualmente que su influencia puede variar notablemente. En un extremo, "grandes líderes", para bien o para mal, forman casi por completo el carácter de su país; en el otro, algunas cabezas de gobierno parecen no dejar marca alguna, a menudo porque son transitorios pero también porque son incapaces de producir algún impacto. Muchos estudios han puesto énfasis —e incluso demasiado— en la oposición entre estos dos grandes tipos, los "héroes" y los "disidentes". J. McGregor Burns, por ejemplo, recupera esta dicotomía para distinguir a líderes "transformadores" de líderes "transaccio-

nales".² Mientras que los líderes del primer tipo forman el carácter de su sociedad, los del segundo, en el mejor de los casos, dirigen o presiden las relaciones de intercambio.

Vale la pena subrayar la existencia de estos extremos, pero también es importante recordar que hay muchos ejemplos de líderes que caen entre ellos. Por lo tanto, es quizá más realista intentar evaluar la parte jugada por los gobernantes sobre la base de una distinción continua. De hecho, dicho *continuum* no es resultado de una sola dimensión sino de dos. El papel de los líderes depende, por un lado, de la medida en que realmente desean apartarse del *status quo* y, por el otro, de la gravedad de los problemas sobre los cuales desean dejar su marca. Así, es posible que quieran modificar más o menos profundamente la situación que encuentran cuando llegan al poder, que anhelan impulsar más o menos cambios. Mientras tanto, es posible que deseen efectuar este cambio sobre un terreno más reducido: el dirigente puede estar interesado esencialmente en una sola cuestión importante, como aspirar, por ejemplo, a asegurar la libertad política. Por otra parte, el líder podría aspirar a alcanzar un conjunto de cambios más amplio e incluso esperar transformar todos los aspectos de la sociedad.

Para evitar las dicotomías y las referencias a dimensiones, también se pueden tomar en cuenta las variaciones en el papel de los líderes en el tiempo. La medición de tales variaciones de influencia apenas ha empezado, pero sabemos al menos de manera intuitiva que esos cambios existen: algunos líderes parecen perder su fuerza, mientras que otros parecen incrementarla. Sobre todo, la influencia de los dirigentes en el tiempo tiene probablemente forma de una campana. Durante la primera parte de su ejercicio, los líderes tienen que aprender su trabajo, por lo que su papel puede ser relativamente limitado (aunque algunos pueden beneficiarse de un "estado de gracia" durante los primeros meses en el cargo, pero probablemente sólo bajo circunstancias especiales); los líderes incrementan entonces su poder y por un número de años pueden ejercer gran influencia; después de un periodo, no obstante, su papel tiende a disminuir, a veces rápidamente. Mientras tal evolución parece afectarlos a todos

² Véase J. M. Burns, *Presidential Government*, Boston, Houghton Mifflin, 1973, p. 10, y del mismo autor, *Leadership*, Nueva York, Harper and Row, 1978, cap. 1.

ellos, es muy probable que acontecimientos importantes, y en particular elecciones generales, modifiquen la mencionada forma que la curva de influencia toma a través del tiempo.

Por lo general, la fuerza de los líderes no sólo puede cambiar en el tiempo, sino también su papel específico. El entorno bien puede "imponer" tales cambios si, por ejemplo, dificultades económicas y sobre todo crisis externas los obligan a desviar su atención hacia problemas que ellos no estaban considerando o que incluso no deseaban hacerlo. Como consecuencia, su posición y su estatura puede afectarse notablemente, cuestión que resulta evidente a primera vista en muchos líderes, como por ejemplo en aquellos que se han beneficiado de algunas situaciones o han visto declinar su fuerza porque no fueron capaces de lidiar con un problema particular. La dicotomía directa entre "héroes" y "dirigentes" puede no tomar en cuenta estos cambios, pero una categorización más compleja que use dimensiones puede monitorear y registrar estas distinciones más sutiles.

Debido a que las condiciones políticas y sociales en países en proceso de transición son fluidas, los líderes de estos países tenderán a desempeñar sucesivamente diferentes roles: pueden ser agitadores primero, reformadores más tarde y encarnizados defensores de sus reformas finalmente. Una multiplicidad de roles también los caracteriza en el caso específico de transiciones desde regímenes autoritarios a democráticos. La naturaleza y extensión de la transformación que los líderes desean —o están obligados— a llevar a cabo varía entonces notablemente, como muestran claramente los sucesos de finales de los ochenta y principios de los noventa. En algunos casos, su deseo principal es asegurar que la transición política del autoritarismo a la democracia tenga lugar tranquilamente: se busca un pequeño cambio económico o social y la sociedad parece no hacer demasiadas demandas en esa dirección. Ese fue el caso de España en los setenta: los problemas políticos que los líderes de este país debían enfrentar durante el periodo de transición fueron inmensos, pero no se esperaba que la estructura social y económica fuera profundamente transformada. En la mayoría de los países latinoamericanos, por otra parte, mientras los problemas políticos pudieron haber tenido consecuencias poco severas, puesto que la experiencia de un régimen liberal fue más reciente que la que había existido en España,

los problemas económicos y sociales eran tradicionalmente más largos y graves, como la pobreza, la inflación y la mala distribución de la riqueza, que fueron con frecuencia las causas de la ineficacia de los gobiernos liberales previos. Con todo, los líderes que llegaron al poder durante el periodo de transición estuvieron preocupados en primer lugar por (y en la mayoría de los casos fueron competentes para) manejar los aspectos políticos de esa transición. Estos líderes tenían frecuentemente prisa por modificar el énfasis y dar a los problemas sociales y económicos una prioridad mayor, pero el cambio fue casi siempre contrario y, como resultado, algo ineficaz.

Finalmente, los problemas de la transición enfrentados por líderes en los Estados comunistas fueron los de mayor magnitud, puesto que aquí tenían que transformarse simultáneamente todos los aspectos de la sociedad. Definitivamente, la magnitud de los cambios que estaban ocurriendo no fueron percibidos plenamente por los líderes que iniciaron el proceso de transición, aunque quizás esto fue benéfico, pues de haberlo sabido muy probablemente no se habrían embarcado en las acciones que iniciaron más allá de ciertos límites. Algunas veces esta visión algo miope deriva del hecho de que los líderes querían preservar aspectos del sistema preexistente que, en los hechos, ya no podían ser preservados. Algunas veces se debió simplemente a que el líder no tenía, lo cual no es sorprendente, claridad sobre cuál sería el eventual resultado. Así, Gorbachov quería originalmente —e incluso por un largo tiempo— provocar cambios que, lejos de abolir al sistema comunista, mejoraran su eficiencia y le dieran un “rostro humano”. Los cambios esperados por Walessa en una primera etapa fueron concebidos dentro de la propia estructura del régimen comunista. En la práctica, ambos personajes se enfrentaron con una fuerza casi incontrolable que empujaba hacia cambios cada vez mayores. Sin embargo, no estaban todavía preparados ni psicológica ni técnicamente y, en el caso de Gorbachov, por un largo tiempo en contra, para enfrentar plenamente las consecuencias de los cambios que estaban teniendo lugar. Se podría decir que existía un divorcio parcial entre estos líderes y su medio ambiente.

La alteración de los roles que los líderes tienen que desempeñar en el curso de un proceso de transición desde un régimen autoritario contribuye frecuentemente al desencanto y a la desesperación que

tiende a extenderse entre la población. La multiplicidad de roles también sugiere que un solo líder no es capaz de lidiar adecuadamente con los muchos problemas que enfrenta el país, mientras algunas de estas dificultades pueden ser superadas más adecuadamente si dos o más líderes están en el cargo, simultánea o sucesivamente. Aunque los problemas enfrentados por España fueron probablemente menos severos que los enfrentados por los países latinoamericanos o comunistas, puesto que el objetivo de lo que había que cambiar era más ambiguo, el proceso de transición también fue probablemente facilitado por el hecho de que tuvo lugar bajo el liderazgo de dos hombres, el rey y Adolfo Suárez, e incluso de tres, si se considera el papel de Felipe González, en los primeros años, cuando menos, del proceso de transición. Algo similar puede decirse quizá de Polonia, puesto que Walessa no gobernó el país durante la primera parte del periodo de transición y su influencia fue entonces indirecta, aunque larga.

A riesgo de simplificar, puede decirse que los líderes de la transición pertenecen a dos grandes tipos. Algunos "gestionan" el propio proceso de transición y entonces intentan conducirlo; otros llegan al poder después de que la transición ha empezado formalmente e incluso se ha alcanzado técnicamente, por ejemplo cuando el régimen autoritario ha sido abolido. Este segundo grupo incluye en particular a líderes que llegaron al poder a través de la primera elección general posterior al colapso de la dictadura. Su papel es importante, ya que tienen que asegurar que el nuevo régimen se institucionalice, pero su tarea está más acotada que la de los pertenecientes al primer grupo. Así, la tarea de Gorbachov fue notablemente más compleja que la de Alfonsín en Argentina o la de Antall en Hungría. El rey de España, auxiliado por Adolfo Suárez, cumplió una tarea intermedia: puesto que estaba involucrado básicamente con el cambio político tuvo que dar al régimen, dentro de este contexto, una nueva imagen caracterizada por la libertad, la democracia y la estabilidad. Institucionalizar este proceso tenía que ser claramente una empresa masiva, pero el rey pudo contar con la ayuda de su primer ministro (tal como Felipe González estaba por serlo). La existencia de una distinción entre lo que podría describirse como los "inventores" y los "realizadores" del proceso de transición provee una razón adicional para ver la labor de los primeros como verdaderamente enorme y

para considerar que este grupo de líderes es poco probable que tenga éxito si actúan solos, incluso si están dotados de una gama realmente inusual de talentos y tienen una gran suerte. El "liderazgo dual", simultáneo o sucesivo, es más significativo para asegurar que el proceso de transición sea exitoso.

La tarea de los líderes en el proceso de transición hacia una democracia liberal es particularmente difícil porque éstos intentan conducir los cambios hacia una dirección liberal. Siempre es difícil alcanzar un gran cambio. El costo en términos de un vacío de líderes es alto, sobre todo cuando a la población no le gusta el estado previo de las cosas, lo cual viene a ser más complejo cuando el cambio es hacia una sociedad abierta, puesto que el peligro de "caos" o "anarquía" está siempre presente. Ésta es la razón por la cual el cambio puede alcanzarse con frecuencia más fácilmente por líderes que cuentan con una base de poder externa. Sin embargo, es más probable que esto ocurra en el contexto de un movimiento hacia un régimen autoritario, puesto que la coerción por parte de un poder dominante puede ejercerse en momentos clave, como en realidad ocurrió en el contexto de la extensión del comunismo en Europa del Este con el apoyo del poderío soviético. Con todo, un movimiento hacia la liberalización puede ser alcanzado por líderes con una base de poder externo cuando un territorio está siendo absorbido (de buena voluntad o hasta enérgicamente) por otro Estado. Esto es lo que ocurrió en Alemania en 1990, con Helmut Kohl, quien estaba preparado para usar su poder en Alemania Occidental para llevar cambios en el Este en una escala y a una velocidad que otros líderes involucrados en el proceso de transición hacia una democracia liberal habrían encontrado difícil o imposible de imitar.

Analizando el papel de los líderes en el proceso de transición hacia la democracia liberal

Ejemplos de países moviéndose de un régimen autoritario hacia la democracia liberal sólo pueden encontrarse recientemente, cuando menos en situaciones que involucren a muchos casos a la vez, a muchos países, a grandes poblaciones y que impliquen una modificación sustancial de la estructura económica y social. Eventos tales

como las revoluciones Francesa y Rusa han sido correctamente referidas como fenómenos únicos: no podrían por lo tanto permitirse un análisis comparativo sistemático centrado en el papel de los líderes. Más aún, ni la Revolución Francesa ni la Rusa terminaron en liberalización, sino todo lo contrario. Estuvieron en el origen de las formas modernas de dictadura. La parte que los dirigentes desempeñaron en estas revoluciones fue esencialmente para fomentar el dominio personal, no para alcanzar libertad y democracia. De hecho, si los últimos años ochenta tuvieran que compararse con un periodo temprano, la mejor comparación sería con 1848 y sus resultados —en sí mismos no un presagio favorable para la democracia liberal—, aunque las condiciones de finales de los ochenta eran diferentes en dos grandes aspectos: primero, los países no directamente afectados por los cambios pero que indirectamente jugaban alguna parte eran, en los ochenta, democracias liberales y no, como el principal poder en Europa Central y del Este en 1850, sistemas autoritarios; segundo, había a fines de los ochenta y principios de los noventa, en los países en cambio, líderes aparentemente fuertes y competentes interesados en alcanzar cuando menos más libertad y más democracia, sobre todo si no estaban siempre listos para hacer todos los movimientos que debían hacerse; en 1848, por el contrario, los líderes competentes que se dedicaron a promover el liberalismo fueron escasos, siendo la excepción más notable el rey de Piedmont; en otros casos y en particular en Francia, donde había empezado el movimiento, líderes como Lamartine eran claramente incapaces para lidiar con las demandas que se originaban por la situación.

Este último punto sugiere que hay al menos una evidencia circunstancial de que la transición hacia el liberalismo será más exitosa si es guiada por líderes competentes; pero éstos deben ser de un tipo especial, pues deben estar preparados para aceptar ver que su rol declina gradualmente al transcurrir el tiempo, una cuestión que el rey de España parece haber entendido magníficamente. A diferencia de líderes que inician un régimen autoritario, los que conducen a un país hacia la democracia liberal deben estar listos, por así decirlo, para “alejarse”. Tal autorrestricción es manifiestamente rara e incluso no sorprende que, como en Francia en 1851, el movimiento hacia la libertad pueda titubear debido a líderes ansiosos por mantener su control sobre el país. Esto hace particularmente significativo exami-

nar comparativamente el caso de líderes que, en los ochenta y los noventa, tenían que conducir a sus países hacia regímenes liberales.

Considerando problemas de este tipo, desarrollaremos más adelante un modelo general que vincula las condiciones sociales con las características que los líderes parecen necesitar para desempeñarse. La pregunta central a resolver tiene que ver con la extensión con la cual un líder "adecuado" puede constituir un sustituto de la relativa "impreparación" del país para la democracia liberal y, más específicamente, para el limitado desarrollo de las instituciones que dicho régimen requiere para funcionar eficazmente. Puede ser que los líderes no estén listos para fomentar del todo tal proceso de institucionalización; puede ser que puedan fomentar el proceso, pero solamente hasta el punto en que las instituciones contrarresten la autoridad del líder; puede ser que, como parece más probable, pocos líderes estén preparados para desarrollar instituciones que, en el largo plazo, contribuyan a la reducción de su poder: las condiciones políticas en la sociedad pueden ser tales que líderes con fuertes tendencias autoritarias no tengan o tengan muy pocas oportunidades de ganar apoyo popular, debido, por ejemplo, a que el país sufrió significativamente una dictadura, por lo cual argumentos de eficiencia típicamente desarrollados durante la dictadura, encuentran poco apoyo.

En consecuencia, el rol del liderazgo en el proceso de transición hacia la democracia liberal necesita evaluarse cuidadosamente por razones tanto teóricas como prácticas. A continuación desarrollaremos algunos aspectos teóricos del problema, considerando la interrelación entre sociedad y liderazgo y examinando hasta dónde y bajo qué condiciones los líderes son capaces de "sostener" el país que desean gobernar durante el proceso de transición. Este análisis conduce a la formulación de un conjunto de hipótesis que pretenden dar cuenta de las variaciones en el papel de los líderes de acuerdo con la naturaleza de la sociedad en general y con la extensión en que existen estructuras plurales en esa sociedad, en particular.

Cabe señalar que no existe un modo totalmente satisfactorio para medir las hipótesis que se sugerirán más adelante, considerando el estado presente de desarrollo de la política comparada. Tenemos sólo instrumentos pobres a nuestra disposición para medir (o más realistamente para ayudar a describir a grandes rasgos) las caracte-

rísticas políticas fundamentales, como por ejemplo el nivel de institucionalización de las estructuras políticas. No podemos, por lo tanto, esperar ir más allá de conclusiones iniciales sobre tendencias generales. Huelga decir que sólo un estudio empírico y sistemático sobre el papel de los líderes en el contexto de diversos casos de transición a la democracia nos permitiría llegar a conclusiones más acabadas sobre la base de éstas u otras hipótesis posibles. Aquí sólo pretendemos sugerir un camino posible de investigación.

Hacia un modelo teórico para analizar el liderazgo político en las sociedades en cambio

Quien observa los varios procesos de transformación o *cambio político* ocurridos en diversos países a nivel de *régimen político* en las últimas dos décadas³ podrá constatar sin dificultad la presencia significativa de un *liderazgo personal* en alguna o algunas de sus fases o etapas.⁴

³ En el contexto de la presente propuesta, por cambio político se entiende cualquier transformación que acontece en el sistema político y/o en sus componentes. Cuando el cambio político se da en el nivel del régimen político se está en presencia de transformaciones sensibles en uno o más de sus componentes (valores, normas y estructuras de autoridad). Por su parte, el proceso a través del cual actores, instituciones, posiciones de poder y reglas del juego dejan de corresponder a la lógica del régimen anterior, sin definirse del todo en una lógica distinta, se conoce como transición. Un cambio de régimen político atraviesa por ciertos estados o fases con distintas combinaciones en sus secuencias lógicas. Básicamente: crisis-hundimiento-transición continua-instauración-consolidación. Mayores elementos pueden encontrarse en C. Cansino (comp.), *Las teorías del cambio político*, México, UIA, 1993, 2 vols., especialmente la introducción.

⁴ En la vasta literatura teórica y empírica sobre liderazgo se han desarrollado diversas conceptualizaciones. Para un sector considerable de investigadores, la definición del liderazgo ha partido de privilegiar elementos de personalidad y de comportamiento. A este respecto resultan ilustrativas las tentativas definicionales provenientes de marcos teóricos señaladamente *behavioristas* o funcionalistas como los de Lasswell o Fiedler. Así, por ejemplo, para estos autores, el liderazgo es producto de las habilidades cognitivas y las capacidades psicológicas del líder. Véase H. Lasswell, *Psychopathology and Politics*, Nueva York, Viking Press, 1960; M. Fiedler, *Leader Attitudes and Group Effectiveness*, Urbana University of Illinois Press, 1958. Para otro sector muy nutrido de investigadores, el liderazgo es analizado en un marco conceptual reconocidamente weberiano. En ese sentido, la preocupación de estos autores radica en la individualización de las características carismáticas de los líderes de acuerdo con la conocida tipología de estructuras de autoridad y de dominación desarrollada por Weber. Véase L. Cavalli, *Carisma e Tirannide nel Secolo XX. Il caso Hitler*, Boloña, Il Mulino, 1982; L. Pelligani, "Mercato Politico e Leadership Democratica", en L. Cavalli, M. Bettin, et al., *Leadership e democrazia*, Padua, CEDAM, 1987, pp. 43-55; H. Lepsius, "Charismatic Leadership: Max Weber's Model and its Applicability to the Rule of Hitler", en Graumann y Moscovici (eds.),

Así, por ejemplo, pensando en las *transiciones democráticas* ocurridas en la Europa Mediterránea en la década de los setenta o en los múltiples procesos de democratización que han tenido lugar en América Latina en la década de los ochenta o, finalmente, en las así llamadas *transiciones poscomunistas* que en la actualidad experimentan varios países de Europa del Este,⁵ la identificación de tales procesos con un determinado líder político resulta con frecuencia bastante obvia.⁶

Changing Conceptions of Leadership, Nueva York, Springer-Verlag, 1987. Un último sector de análisis es el conformado por todas las tentativas que, sin adscribirse de manera rígida a una única tradición teórica de liderazgo, circunscriben sus marcos conceptuales a las necesidades de sus particulares indagaciones empíricas. En el marco de este artículo, por liderazgo entendemos la capacidad de poder de uno o varios individuos para que sus decisiones sean implementadas y asumidas por los otros individuos con base en la autoridad política reconocida del líder. Considerada como un proceso, esta capacidad puede manifestarse con distintos niveles de intensidad o efectividad. En ese sentido, el papel del liderazgo puede adquirir mayor o menor centralidad en el específico contexto de actores y procesos políticos en el que se desenvuelve. Cabe subrayar que nuestro hablar de liderazgo da por sentado su entendimiento como liderazgo político nacional. En esa medida, vista como la capacidad de un específico actor político, el liderazgo personal coexiste y se desarrolla con otros actores políticos. Esta constatación nos permite considerar distintos niveles de centralidad del liderazgo, según se verá más adelante.

⁵ Partiendo de que la transición política es el intervalo entre un régimen político y otro, donde régimen es el conjunto de patrones, explícitos o no, que determinan las formas y canales de acceso a las principales posiciones gubernamentales, las características de los actores que son admitidos y excluidos de este acceso y los recursos y estrategias que pueden usarse para tener acceso, la transición de un régimen autoritario a uno democrático supone el cambio de un conjunto de arreglos institucionales y prácticas políticas, definidos y controlados discrecionalmente por la élite en el poder, por otro acuerdo en el que la definición y funcionamiento de las estructuras y prácticas políticas se sometan a la discusión, estén garantizadas por la Constitución y estén respaldadas por la participación ciudadana. De esta manera, los momentos de transición están definidos por el cuestionamiento de los arreglos institucionales y las prácticas políticas; esto es, por la ausencia de consenso sobre ellos y la lucha por la definición y el establecimiento de unos nuevos. En lo que respecta a las transiciones poscomunistas, se trata de procesos de cambio de régimen que comparten muchas de las características anteriores, con la diferencia de que en estos casos el régimen de partida es uno de tipo generalmente "posttotalitario", lo cual condiciona modalidades de transformación y tipos de actores políticos relativamente distintos a los presentes en las transiciones democráticas. En segundo lugar, se trata de transiciones políticas que corren paralelas con profundas transformaciones en el nivel no sólo de sus sistemas políticos, sino también de sus sistemas económicos, circunstancia que sin duda determina la naturaleza de los objetivos perseguidos y las dificultades para su consecución.

⁶ Existen diversos estudios de cambio político que han subrayado explícitamente la presencia significativa de este nexo en casos concretos. Véanse, por ejemplo, E. Baloyra (ed.), *Comparing New Democracies*, Colorado, Westview Press, 1987; L. Morlino, "Democratic Establishments. A Dimensional Analysis", en Baloyra (ed.), *op. cit.*, pp. 53-78; J. Linz, "Transitions to Democracy", *The Washington Quarterly*, verano de 1990, pp. 143-164. Este último, por ejemplo, refiriéndose al papel que pueden llegar a desempeñar los líderes políticos en el establecimiento de nuevas democracias, señala que: "Mucho depende del liderazgo en las nuevas

Mientras que en la Europa Mediterránea se destacaron los nombres de líderes políticos como Suárez y Karamanlis, como actores centrales o relevantes en las respectivas transiciones democráticas de España y Grecia, en el caso de América Latina los diversos procesos de democratización están asociados a nombres como los de Alfonsín en Argentina o Neves en Brasil. Otro tanto puede decirse de personajes hoy ampliamente conocidos como Gorbachov, Havel, Walessa o Antall en las transiciones poscomunistas de Europa del Este.⁷

Ahora bien, la constatación en diversos casos de este nexo relevante entre liderazgo personal y cambio político vuelve legítima la búsqueda de explicaciones objetivas sobre el rol específico del liderazgo en tales procesos de cambio o transformación política. Más específicamente, vuelve legítima la indagación sobre el ascenso o descenso de la *centralidad* de tal papel en la evolución y resultado de dichos procesos de cambio. Por centralidad del liderazgo entendemos el grado de afirmación o asentamiento del rol de ese liderazgo en un determinado sistema político, en referencia con los demás actores políticos existentes. Es decir, la centralidad del liderazgo será mayor cuando la capacidad de poder del líder alcanza las cotas más altas en relación con las capacidades de poder de los otros actores políticos. Entre muchos otros indicadores, dicha capacidad tiene relación con la atribución o extensión en manos del líder de las capa-

democracias. Sus líderes deben convencer a la gente del valor de las nuevas libertades conseguidas, de la posibilidad de cambiar gobiernos pacíficamente y, al mismo tiempo, deben transmitirles la imposibilidad de retomar en poco tiempo a la diezmada legalidad de algunos gobernantes no democráticos y a la acumulación de errores que han llevado o contribuido a su crisis actual. Los líderes tienen la difícil e ingrata tarea de decir a la gente que con democracia la economía no mejorará inmediatamente; que sin cambio económico, cambio social y justicia, no será conseguida; y que el éxito de una sociedad no es el resultado de actividades del Estado o incluso del mejor de los gobiernos posibles, sino del esfuerzo de la sociedad en su conjunto. Los líderes democráticos deben evitar el peligro de sobreestimar la democracia⁸.

Esta inicial identificación entre liderazgo personal y cambio político encuentra algunos casos aparentemente atípicos, en cuanto que no muestran la presencia reconocida de un líder como actor central del cambio (*v. gr.* la transición democrática en Portugal o la transición más reciente en Chile). En una investigación comparativa es importante considerar este tipo de situaciones, pues su contrastación con los otros casos resulta fundamental para acotar o precisar las hipótesis operativas que aquí puedan sugerirse. Una explicación muy preliminar de la atipicidad de tales casos puede quizá encontrarse en la especificidad de sus transiciones democráticas, donde el peso real y/o simbólico del liderazgo identificado con el régimen autoritario precedente (Salazar en Portugal o Pinochet en Chile) obnubila la importancia de cualquier liderazgo emergente.

ciudades de poder que en condiciones normales estarían en manos de los partidos, el Parlamento y otras estructuras políticas, dependiendo de las funciones y la naturaleza que cada ordenamiento político confiere a tales organizaciones e instituciones.⁸

Más arriba nos referimos ya al tipo de consideraciones metodológicas que tal búsqueda requiere.⁹ En ese sentido, a continuación nos referiremos exclusivamente al conjunto de hipótesis explicativas que intentan ilustrar los muchos factores que intervienen en el ascenso y descenso de la centralidad de un liderazgo en relación con un proceso específico de cambio político.¹⁰ Más concretamente, nuestra interrogante es: *¿cuándo y cómo un liderazgo personal, en tanto capacidad de un actor político determinado, adquiere mayor centralidad o ve disminuir la misma durante un proceso de transición democrática o de cambio político?*

Para nuestros objetivos de análisis, consideramos que el ascenso o descenso de la centralidad del liderazgo durante un proceso de transición democrática o de cambio político mantiene una relación mayor o menormente significativa con los siguientes elementos:

⁸ Con fines de medición, la centralidad del liderazgo se concibe como el grado en que el líder controla y/o influye decisivamente las *zonas de incertidumbre* presentes en todo proceso de cambio político, en contraste con el control y/o influencia ejercido por otros actores políticos relevantes. Para medir el grado en el que el líder controla y/o influye las zonas de incertidumbre existentes, debe examinarse la mayor o menor participación del líder en las principales decisiones relativas a dichas zonas de incertidumbre, tales como: *a)* Decisiones relativas a la modificación de las estructuras políticas existentes; *b)* Decisiones relativas a programas económicos y sociales de emergencia; *c)* Decisiones relativas a política exterior y seguridad nacional; *d)* Otras decisiones relevantes en el contexto nacional. Mayores elementos sobre la noción de zonas de incertidumbre pueden encontrarse en A. Panebianco, *Modelli di partito*, Bologna, Il Mulino, 1982.

⁹ Véase también C. Cansino, "El rol del liderazgo en procesos de cambio político", *Estudios Políticos*, núm. 10, México, UNAM, abril-junio de 1992, pp. 53-73.

¹⁰ Cabe señalar que nuestra aproximación al tema del liderazgo parte de reconocer las limitaciones y los nudos problemáticos de este sector de investigación en el ámbito de la ciencia política contemporánea. Es ampliamente reconocido que el estudio del liderazgo presenta serias dificultades para arribar a conclusiones susceptibles de generalización. La mayoría de las veces, su tratamiento ha sido realizado destacando características psicológicas que vuelven difícil su objetivación analítica (entre otros muchos ejemplos están los trabajos citados de Fiedler y Lasswell). En otras ocasiones, los estudios de liderazgo han generado metodologías de tipo contrafácticas fuertemente cuestionadas por su carácter ambiguo y especulativo. Véanse por ejemplo los trabajos de Edinger: "The Comparative Study of Political Leadership", *Comparative Politics*, núm. 7, 1975, pp. 253-269; "Approaches to the Comparative Analysis of Political Leadership", *The Review of Politics*, vol. 52, núm. 4, 1990, pp. 509-523. En términos de metodologías comparadas para el estudio del liderazgo existen pocas propuestas metodológicas consistentes. Una excepción significativa la constituye el trabajo ya citado de Blondel. En tal sentido, como veremos después, el alcance de las hipótesis y generalizaciones de nuestra propuesta tendrán un carácter claramente probabilístico y tendencial.

-
-
- a) La modalidad del cambio político y la fase del mismo;
 - b) Los rasgos de personalidad sociopolítica propios del líder;
 - c) El nivel de percepción de la identificación entre el proceso de cambio político en cuestión y el actor que personifica dicho proceso (el cual ejecuta el rol del liderazgo), y
 - d) El grado de eficacia decisional por parte del líder para responder a las expectativas sociales, económicas y políticas generadas antes, durante y en torno al proceso de cambio político.

a) *La modalidad del cambio político y la fase del mismo.* Teniendo en cuenta principalmente las transiciones políticas de un régimen autoritario a uno democrático o las transiciones poscomunistas, se puede establecer una relación significativa entre el ascenso de la centralidad de un liderazgo personal y las fases iniciales de la transición y/o la instauración del nuevo arreglo institucional. En ese sentido, la centralidad del liderazgo puede ser mayor en estas fases iniciales, por cuanto aún no se define del todo el nuevo arreglo institucional (baja *institucionalización*).¹¹ En otras palabras, en ausencia de un firme asentamiento de las nuevas estructuras políticas, el líder, en cuanto actor políticamente reconocido, asume la legitimidad inherente a la estructura política en formación. De igual manera, cuando el nuevo arreglo institucional conquista mayores niveles de *complejidad, autonomía, flexibilidad y coherencia*, la centralidad del liderazgo personal puede comenzar a disminuir. Por extensión, la centralidad del papel del líder puede ser más significativa en fases de transición e instauración democrática de un nuevo régimen que en las fases sucesivas de su consolidación.

La hipótesis contenida en este punto puede resumirse en los siguientes términos: *Existe una relación inversamente proporcional entre el grado de centralidad del liderazgo y el grado de institu-*

¹¹ Por institucionalización asumimos la conocida definición de S.P. Huntington: proceso por el cual organizaciones y procedimientos logran valor (legitimidad) y estabilidad, cuestión que se determina en función de su flexibilidad (capacidad de adaptarse a las circunstancias cambiantes), complejidad (número y variedad de las unidades organizativas), autonomía (independencia respecto a otros reagrupamientos sociales) y coherencia (consenso interno sobre sus confines funcionales). En otras palabras, la institucionalización es un proceso de formación y reforzamiento de las instituciones dentro de un sistema político, entendiendo por institución una organización política o procedimiento pensado para mantener el orden, resolver los litigios, elegir los líderes y promover de este modo una forma de convivencia entre grupos sociales enfrentados. Véase S. P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 1968.

cionalización *de las estructuras y organizaciones políticas durante la transición o cambio político. Así, a menor institucionalización, mayor centralidad del liderazgo y viceversa.*

b) *Los rasgos de personalidad sociopolítica propios del líder.* Esta hipótesis sugiere considerar al menos dos grandes tipos de personalidad del líder, cuya constatación empírica no presenta grandes dificultades:

i) *Rasgos de personalidad democráticos, y*

ii) *Rasgos de personalidad autoritarios.* En este sentido, cuando el líder manifiesta mayormente rasgos de personalidad democráticos en términos ideológicos y de cultura política durante el proceso de cambio, la centralidad del papel del liderazgo puede ser mayor. De manera inversa, cuando las actitudes del líder comienzan a tomar mayores distancias respecto de patrones democráticos de personalidad, la centralidad también puede comenzar a decrecer.¹²

La hipótesis contenida en este punto puede resumirse en los siguientes términos: *Existe una relación directamente proporcional entre el grado de centralidad del liderazgo y el mayor o menor desempeño de tipo democrático por parte de dicho líder, en contraste*

¹² Para nuestros objetivos, entendemos por "personalidad sociopolítica" el conjunto de convicciones y orientaciones (ideológicamente determinadas) que están en la base de las actitudes y acciones políticas de los individuos. En este sentido, en coherencia con la definición propuesta, serán las actitudes y las acciones de los líderes las que nos permitan el acceso a su personalidad sociopolítica. En este orden de ideas, es importante aclarar que la investigación que proponemos en este nivel no se conforma como un estudio psicológico de la personalidad, sino más bien como un estudio de productos del liderazgo (actitudes y acciones), a partir del cual se definen los dos subtipos de personalidad sociopolítica que nuestra hipótesis maneja. Así, por ejemplo, entendemos que será posible hablar de "personalidad sociopolítica democrática" cuando, por referencia al contexto sociopolítico que define la situación de origen, las actitudes y acciones del líder político pueden ser interpretadas como asociadas a valores y principios comúnmente aceptados como democráticos: igualdad política, libertad de elección, pluralismo político, etcétera. En caso contrario, hablaremos de "personalidad sociopolítica autoritaria". Entre los elementos a partir de los cuales se puede inferir la presencia de una personalidad democrática o autoritaria, sin pretender con ello acotar o prejuzgar las posibilidades particulares de cada caso de estudio, proponemos los siguientes: a) Presencia o no de objetivos programáticos claramente democráticos (contenidos en planes de gobierno, programas de acción, iniciativas de ley, etcétera); b) Presencia o no de restricciones ideológicamente motivadas en el proyecto de cambio político del líder; c) Presencia o no de elementos democráticos en su trayectoria biográfica; d) Papel mayor o menormente conciliador del líder entre la clase política; e) Mayor o menor autoconcepción del carácter consensual del propio papel de liderazgo; f) Mayor o menor autopercepción del líder como una parte del proceso de cambio y percepción o no del carácter de transitoriedad del mismo; g) Mayor o menor percepción del papel de los otros actores políticos en relación con su intervención en el proceso de cambio político.

con el desempeño de otros actores políticamente relevantes durante la transición o cambio político. Así, cuanto más el líder encarna valores democráticos en su actuación con respecto a otros actores, mayor es la centralidad del liderazgo y viceversa.

c) *El nivel de percepción de la identificación entre el proceso de cambio político en cuestión y el actor que personaliza dicho proceso (el cual ejecuta el rol del liderazgo).* Tal nivel de percepción puede ser de dos tipos:

i) *El que resulta a través de los imaginarios sociales que funcionan en la relación masa-líder con base en la cultura política de la sociedad en cuestión, y*

ii) *El que resulta de la canalización de los intereses de la clase política, la cual prioriza la necesidad del cambio (como elemento posibilitador de sus intereses políticos) sobre otros elementos de carácter procedimental (asumiendo la cesión al líder de capacidades político-decisionales) y particularizador (asumiendo el cambio político como fin en sí mismo y renunciando en virtud de este fin a los intereses particulares de su grupo y a la afirmación de la identidad política propia).*

En este sentido, cuando este nivel de percepción tanto en la relación masa-líder como en la relación clase política-líder es alta, la centralidad del rol del líder puede ser mayor. De manera inversa, si tal identificación es débil, la centralidad del rol del líder puede verse mermada.¹³

La hipótesis contenida en este punto puede resumirse en los siguientes términos: *Existe una relación directamente proporcional entre el grado de centralidad del liderazgo y el grado de identificación del líder con el cambio político por parte de 1. las masas y 2. la clase política. Así, a mayor identificación líder-cambio político, mayor centralidad del liderazgo y viceversa.*

¹³ Por identificación entre cambio político y líder entendemos la personalización en el líder político de los valores inherentes al cambio en cuestión, de tal modo que el líder se conforma como representación y expresión de la posibilidad de tal cambio. En este sentido, asumidos desde el líder los valores inherentes al cambio y constituidos los imaginarios sociales que permiten la percepción de los mismos en la persona del líder, éste aparece socialmente como el elemento protagónico del cambio hasta el punto de que (en sus niveles máximos) un satisfactorio desenlace del proceso puede suponerse como dependiente del desarrollo de las capacidades del líder. En otras palabras, la suerte del proceso y la suerte del líder aparecen íntimamente ligadas.

d) *El grado de eficacia decisional por parte del líder para responder a las expectativas sociales, económicas y políticas generadas antes, durante y en torno al proceso de cambio político.* En este sentido, cuando el grado de eficacia y efectividad decisional por parte del líder es alto, la centralidad del liderazgo puede mantenerse en cotas elevadas. De manera inversa, cuando las decisiones propias de ese liderazgo no están en grado de responder a las expectativas de diversa índole provenientes de la comunidad política en su conjunto durante el proceso de cambio, la centralidad del liderazgo puede comenzar a decrecer.¹⁴

La hipótesis contenida en este punto puede resumirse en los siguientes términos: *Existe una relación directamente proporcional entre el grado de centralidad del liderazgo y el grado de eficacia decisional del líder para responder a las expectativas sociales, económicas y políticas generadas antes, durante y como resultado del proceso de cambio político. Así, a mayor eficacia decisional, mayor centralidad del liderazgo y viceversa.*

¹⁴ En los estudios de cambio político existe amplio consenso sobre la utilidad de los conceptos de eficacia y efectividad decisional para el análisis de tales procesos. En este marco teórico, quien ha ofrecido la conceptualización más acabada ha sido J. Linz. Para este autor, la eficacia decisional es la capacidad que tiene un régimen o, mejor, que tienen las estructuras de éste para tomar y ejecutar las decisiones necesarias para superar los retos planteados al régimen o las otras medidas destinadas a alcanzar los diversos fines queridos por los gobernantes. En cuanto a la distinción entre eficacia y efectividad decisional, Linz las contempla como dos procesos complementarios del rendimiento. Mientras que la primera atañe a las decisiones en sí y a su implementación, la segunda se refiere a los resultados alcanzados. Véase J. Linz, *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1978. En la línea abierta por J. Linz, el politólogo italiano L. Morlino sugiere considerar diversos elementos para medir el grado de eficacia decisional del régimen. En primer lugar, deben considerarse los *inputs* por parte de la comunidad política que representan verdaderos desafíos políticos; es decir, las demandas fincadas en expectativas sociales que ejercen fuertes presiones sobre el aparato decisional y que, como tales, son bien visibles. Tales desafíos se plantean en función de: el número de personas que lo plantean, la importancia que se les confiere por parte de quienes la plantean, la importancia relativa de los grupos y sectores que la plantean, la complejidad y dificultad de su contenido. En todo caso, sugiere Morlino, la eficacia debe ser valorada respecto a las decisiones tomadas en respuesta a los desafíos y no respecto a los resultados obtenidos. En ese sentido, un régimen es efectivo si y cuando, como consecuencia de la ejecución de sus decisiones, obtiene los resultados deseados. Véase L. Morlino, *Come cambiano i regimi politici*, Milán, Franco Angeli, 1980. Para el estudio particular de la eficacia decisional en un liderazgo determinado, muchos de los planteamientos anteriores resultan recuperables. Así, por ejemplo, nos interesará medir la capacidad de respuesta desde el liderazgo a los desafíos políticos planteados desde la comunidad, para lo cual pueden perfectamente retomarse las indicaciones metodológicas contenidas en la propuesta de Linz-Morlino.

A manera de conclusión

Los procesos de transición democrática pueden ser analizados por primera vez de una manera sistemática, puesto que el movimiento que tuvo lugar en la segunda mitad de la década de los ochenta ha tenido un impacto muy extenso. Así, es posible examinar semejanzas y diferencias en una gran cantidad de casos nacionales y evaluar el impacto de distintas tradiciones y culturas políticas. Esto contribuirá a desarrollar modelos de las condiciones bajo las cuales las democracias liberales pueden ser exitosas junto a los modelos hasta ahora más elaborados que dan cuenta de la crisis de la democracia liberal. En el contexto de estos estudios, la parte que el liderazgo puede jugar, y de hecho juega, debe ser monitoreada cuidadosamente. Esta parte también requiere ser examinada junto al rol mucho más conocido de los líderes en regímenes democráticos estables o de aquéllos que movieron a sus países en una dirección autoritaria. Por mucho tiempo, el liderazgo ha sido considerado con suspicacia debido a su fuerte asociación con dictaduras tanto del pasado como del presente, pero ahora es igualmente importante estar en grado de examinar la medida en que algunos líderes influyen en conducir sus países hacia la libertad y la democracia. A ello pretende contribuir modestamente la presente propuesta.